

La lengua nuestra, que mueve de la tuya, está vestida
de dolor, en este trance doloroso de tu vida;
que es don de sangre, y tu sangre corre, á voluntad, por ella;
que es legado tuyo, Madre, y en tus horas infelices,
siente que un ciclón de fuego por sus verbos atropella,
como la copa de un árbol que ardiera por las raíces!

Italia, hermana y señora, Casa-raíz de latinos,
si se han doblado los troncos no se han roto los caminos
que de ti llegan á España, que tornan de España á ti.
Si cegados estuvieran, la piedad los abriría,
¡y toda España, por ellos, con óbolos pasaría
para socorrerte y para trillarlos de nuevo así!

Alta la lira, y en ella los doloridos crespones,
rotas sus cuerdas, que el llanto no consiente las canciones,
¡pido por Italia, pido por nuestra Madre latina!
¡Por sus muertos, por la paz de sus viviendas desnudas,
por la vida de sus huérfanos, por el dolor de sus viudas,
por las sagradas reliquias de sus ciudades en ruina!

¡Señor Rey! Por la que ha puesto sobre tu vasta heredad
este fermento glorioso de austera latinidad,
que aun da á tu cetro el fulgor del cetro aquel de Trajano!...
España: ¡por la que ha sido una contigo en la Historia,
porque unirse era preciso para soportar la gloria
de Séneca y de Lucano!

¡Poetas, hijos del Arte!... ¡Oh, la voz torna impotente!
¡Oh, jamás corten laureles para ceñir vuestra frente
si, en este trance, no dais muestra de ser bien nacidos!
Que es Italia, Italia, Italia, la cuitada y la dolida;
que, por sus arcos triunfales, penetramos en la vida;
que, de estas cenizas tuyas, todos estamos ungidos!

ENVÍO

Roma, donde tantos oros de palabras resonaron;
Roma de las elegías, donde mis viejos cantaron:
¿qué estupor refleja el lirio de tus pupilas pasmadas?...
¡*Sursum!*... ¡No dobles, al peso de tus dolores, la frente;
que, en esta sangre que fluye de tus heridas caliente,
se te reconocen tuyas tus Hermanas apartadas!

Y la tragedia y los lutos y el espanto de esta prueba,
resplandecen en tus hombros como una púrpura nueva,
y te forjan agua y fuego, Italia, como una espada...
—La Raza se yergue, en tu catástrofe, conmovida;
pone, temblorosa, el bálsamo de su amor sobre tu herida
y besa tus manos, Madre de los Gracos enlutada.

30 Diciembre 1908.





Los campesinos



I

Como divinidades
intactas, á través de las edades,
que, en el variar del tiempo indefinido,
perpetuáis la faena y el vestido;
que contáis, en las luchas afanosas,
con la ley soberana de las cosas;
que tenéis, en las manos, la medida
del ritmo inalterable de la vida:
toscos, sombríos, férreos, inspirados,
hechos á sembrar trigo, resignados
á la fatalidad de los destinos,
yo os evoco en mi verso, campesinos.

II

Viejos padres, patriarcas
de los pueblos de todas las comarcas;
seculares abuelos
de todo el mundo y todos sus anhelos;
serenos genitores
de conquistados y conquistadores;

que es, en vuestra vigilia,
toda la Humanidad vuestra familia:
¡campesinos! ... El himno que os dedico
nació poema y torna villancico:
glorificaros quise y, fatalmente,
no laurel, besos pongo en vuestra frente;
quise enramaros puertas y ventanas
y lloro, en el albor de vuestras canas;
quise el gesto evocar de vuestro brazo
y os busco, con cariños, el regazo;
llegué, audaz, hasta vuestros caserones
y no me voy sin vuestras bendiciones...

Que, al veros, he sentido
resplandecer mi amor sobre mi olvido,
y la copa del árbol con sus flores,
sus nidos y sus pájaros cantores,
oscuros campesinos infelices,
ha temblado, pensando en sus raíces...
Y con aroma que pasando lento
ha recogido el viento,
la copa ha sido, en lo alto de la Sierra,
lengua de las ternuras de la tierra...

III

Campesinos abuelos:
por todos vuestros nietos pequeñuelos,
por todos los que un día
se partieron de vuestra compañía,
y les visteis perderse por las sendas
hacia el logro de todas las leyendas,
y vieron, al partirse, que moría
deshecho en vuestras lágrimas el día,

y allá quedaron, lejos
 de la santa tutela de sus viejos;
 y fundaron ciudades
 con los nombres de vuestras heredades;
 y en lo ignoto de vagos hemisferios
 levantaron imperios;
 y tuvieron enseñas y estandartes
 y crearon las artes;
 yo, dolientes ancianos,
 os beso las arrugas de las manos,
 y traigo á la quietud de estas cabañas
 un poco del ardor de sus entrañas;
 y levanto mi voz, en la vigilia,
 poniendo en ella un dejo de familia;
 y, en el propio artificio de mi canto,
 hago latir vuestro recuerdo santo,
 que á dos rimas va uncido mi dictado
 como uncido á dos bueyes vuestro arado...

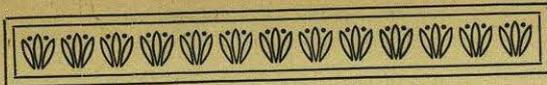
IV

Parda figura del pastor que, escueta,
 pones sobre la tarde tu silueta,
 ó andas, sonando á maravilla el paso,
 en el encantamiento del ocaso:
 saber de tí quisiera
 el arte sin manera
 con que esculpe, á la tarde sosegada,
 tu cuchillo un retablo en tu cayada.
 Y una cayada haría,
 y toda, á mi sabor, la poblaría...
 Brazos de sembradores,
 campos de trigo, abarcas de pastores,

carretas bien colmadas,
 husos de vieja, espigas hacinadas.
 Un segador, al sol, todo tostado,
 y un cavador tras él todo encorvado;
 un pajar al arrimo de unas eras;
 molineras hablando á espigaderas...
 Y, ya en lo alto, al curvarse la cayada
 para empuñar el triunfo en la empuñada,
 pámpanos, uvas, abundancia eximia,
 ¡todo el otoño y toda la vendimia!...
 En la curva dorada,
 una vendimiadora recostada,
 ceñida la basquiña
 con sarmientos de viña,
 color de lirio y moscatel las venas
 en la carne nevada de azucenas,
 y, en los dos senos puros,
 dos granitos malbares muy maduros...

Y esta cayada mía,
 como un cetro, en las manos la pondría,
 campesinos abuelos,
 de aquel de vuestros nietos pequeñuelos,
 aun no nacido, aun por venir, que, un día,
 cuando llegue á sazón la profecía,
 justo, acabando todo cautiverio,
 haga del mundo un fraternal Imperio;
 y, de nuestros afanes,
 harina muele á los futuros panes;
 y muestre, dando fin á toda guerra,
 que habéis hecho una Madre de la tierra...





El día primero del año



I

Vaso viejo de mi vida,
viejo licor de mis pasadas penas,
¡a ver cómo te aclaras y serenas,
hoy que el tiempo á renuevo te convida!

Negro tabuco de los años míos
donde esquivos cuidados en patrulla
juntáronse á beber y armaron bulla,
riñendo con mis propios albedríos.

Arruinado mesón de mi conciencia,
por cuyas lobregueces no me atrevo,
sonríe; que, en tu puerta, un ramo nuevo
planta la juventud de su inocencia.

¡Oh, campo en tantas muerte abonadol,
¡oh, cosa vieja y fatalmente viejal,
¡oh, Vida, pesadísima madeja
del hilo que las Madres han hiladol

¡Cantad renovación, que la hora es bella!
Dad la espalda á los viejos desengaños,
y refréscate, oville de mis años,
en estos frescos dedos de doncella.

Cayó el árbol: ¡Cantemos el renuevo!
¡Alégrate, mortal, que ha consumido
toda tu sangre el año transcurrido,
y es toda tu alma para el año nuevo!

II

Tú, roja flor de los amores míos;
tú, brasa ardiente en los rescoldos fríos;
tú, voluntad herida,
¡mira en qué nuevos campos tendrás vida!

A novedad y salvación te llevo;
á virgen lecho, á libertad completa;
¡corre á estampar mi cifra de poeta
en el blanco pendón del año nuevo!

Mira en qué blanca cima acaba el monte;
mira el largo ascender á que conduce:
acaba el uno y, á tus ojos, luce
la gran virginidad de otro horizonte.

Llegan aquí con vago clamoreo
los gritos de las tierras ya cruzadas;
pero los barren, en caliente oreo,
aires de unas comarcas ignoradas.

Nace á nueva virtud, fortalecido,
el corazón que claudicó en la lucha;
y, en unos cantos que ferviente escucha,
bebe el bálsamo amable del olvido.

¡Oh, si, valiente, en la suprema linde,
sabe al tiempo de ayer volver la espalda
y, al deslizarse por la opuesta falda,
de la pasada floración prescindel...

¡Oh, doble nacimiento y doble vidal,
¡oh, infancia nueva en nuevas libertades!...
Su mano joven segará, atrevida,
la flor de las divinas soledades...

III

Remanso blanco que nos dan las horas,
rosal del tiempo que traerá renuevo:
¡cúbreme con tus alas protectoras,
oh, fiesta maternal del Año Nuevo!

Cambia el usado rumbo á mi fortuna,
y hazme este corazón bien infántico,
tú, que aún tienes olor de villancico
y que te anuncias con vaivén de cunal

Con estas manos tuyas maternas
adóbame y renueva mi semblanza;
tú, que nieve nos traes, como pañales,
¡aníñame en el alma la esperanza!

Y toda lucha en ti quede dormida;
y en ti todo deseo renaciente;
sé, en mi camino, la esperada fuente
en cuyas aguas limpiaré mi vida.

¡Oh, Madre mía, con disfraz de fiestal
¡Oh, no me culpes, si con paso lento
llego á tus brazos, que el andar me cuesta
con esta carga del remordimiento!

¡Oh, en tu regazo dejaré esta carga
y, dando saltos, me echaré al camino!
Tú, en tanto, rompe la corteza amarga
y haz, de mi carga, harina en tu molino.

Y que tus manos sobre mí derramen
su absolución perennemente viva;
y que, humilde, mi espíritu reciba
esta renovación como un dictamen...





Los bellos sitios de Madrid

(Epigramas urbanos)

I

LA CIBELES

Blanca, en el aire limpio, un gesto inicia
de indolencia y de fausto;
arrogante nació; pero la vicia
el agua blanda en plácido holocausto.

Da dolor, al pasar, verla tan sola;
y, á la noche, interesa
su inanición forzada de manola
en su ornato exquisito de duquesa.

II

LA PUERTA DE ALCALÁ

Curvas de arco triunfal en el sol de oro,
trofeos de heroísmo,
bloques de piedra y mármol, yo os adoro
en vuestro ingenuo neoclasicismo.

Y sobre el río de la vida fútil
me gusta veros culminar, triunfales,
abriendo vuestra majestad inútil
á los hombres triviales.

Y espero al Héroe por venir, que, acaso
pasó, de niño, por aquí corriendo
y en estas losas se detuvo, oyendo
la resonancia heroica de su paso...

III

LA PLAZA MAYOR

Desgarra el aire, en un supremo goce
de sol y azul, los gritos populares;
raspan, al entra y sal de los bazares,
las viejas piedras que desgasta el roce;

se agazapa en los anchos soportales
la Villa, apenas policiana y laica;
habla de candideces señoriales
la indefinible construcción arcaica,

y — mientras tiende una mujer la mano
y la guitarra de un mendigo suena —
Felipe, el Rey, soberbiamente, llena
el espacio angular de un gesto vano.

IV

LA CASTELLANA

El *poney* se encabrita; el *groom* hierático
se mantiene expectante;
ella hace atrás el busto aristocrático;
cruje la brida, atormentando el guante...

Y los que pasan vuelven la cabeza
y siguen con delicia
todo el milagro aquel de ligereza
que levanta una espuma de malicia. —

— Toca de armiño blanco, yo quisiera,
toca de armiño de la arisca dama,
tu gracia leve y, á la vez, severa,
para ornato y valor de mi epigrama.

V

EL BALCÓN DE LA ARMERÍA

Pálido, exiguo, y la cabeza fina
de bastardo de Rey entre sus manos,
mira el pilluelo-golfo los lejanos
árboles que decoran la colina...

Flota en vapores la humedad del río,
y está el Sol en las horas de la puesta;
la cabezuela fina se recuesta,
para ver más, en el repecho frío.

Y, gota á gota—mientras el sonoro
trajín del día muere en la gran plaza—,
él se deja embriagar de sangre y oro,
las vendimias del Sol y de su raza...

VI

EL RETIRO

—Viejo abuelo, de barbas bondadosas, un poco
desengañado, como todo el que ha sido loco
cuando joven: avivan tus últimos cariños,
tirando de tus barbas las manos de los niños;
las doncellas de virginales inocencias,
como has sido galante, te hacen sus confidencias;
tu invernal esqueleto de árboles ateridos
guarda una indefinible resonancia de nidos,
y eres, en la ciudad, como un rey destronado
que sonríe á los hombres — trágico y desolado.

20 Enero 1909.





Miércoles de Ceniza (*)



I

Pura y blanca ceniza,
ceniza castísima,
simplicidad de la tierra apurada,
divinidad de la carne transida.

Pura y blanca ceniza,
ceniza castísima,
eternidad de la santa materia,
último resto y primera semilla.

Soberana ceniza,
ceniza latina,
ceniza gris, de los altos augurios,
en donde sabe leer la Sibila...

Un idilio palpita
sobre las cenizas:
¡yo he de sembrarte, ceniza pagana,
otra vez joven por toda la vida!...

(*) Está escrita un «Miércoles de Ceniza».

II

¡Fábula de oro del ave de oro!
¡Anunciación de las blancas cenizas!
¡Fénix!... ¡Pagano renuevo de llamas,
cuando las llamas se han vuelto ceniza!

La eterna fe que me han puesto en el alma
¡oh, negra cruz de la negra doctrinal,
como un arbusto florece de nuevo
entre la paz de tus muertas cenizas.

Y se me enciende este día sombrío
en una santa esperanza de vida;
y abejas de oro me vuelan al alma
de las colmenas de tantas cenizas...

Y las abejas de tantas colmenas
tejen, cantando, una estrofa latina;
y ánfora roja, en los labios me dejan
la rubia miel de la vida infinita...

— Frentes de moza, tocadas de noche:
alba, no fango, os dejó la ceniza;
alba que tiene blancuras de espuma,
carne de Venus en playas tranquilas.

Cenizas... ¿quién os moteja de muerte?
¡Gloriosa herencia, Escritura divina!
Mi corazón ha bebido en vosotras
las enseñanzas que hoy pasa á la lira.

III

Arca de blancos cendales, el oro
del tiempo muerto en vosotras palpita;
y me abrigáis las raíces del árbol
en cuyas ramas mis sueños anidan. . .

Mármol en mármol, un templo quisiera
dar á los aires sobre una colina,
y allí encerraros en urna de oro,
siembra inmortal de la vida, cenizas.

Y teoría de vírgenes blancas,
tocadas todas de rosas floridas,
en este día de sombra y de muerte
ascenderían á la áurea colina. . .

Y, al claro sol de la aurora naciente,
un madrigal en vosotras pondrían,
y las dos alas del Fénix triunfante
en vuestro blanco cendal se abrirían. . .

IV

¡Cenizas! . . . Germen latino y pagano,
voz de la Raza carnal y suavísima;
todo misterio echaré de vosotras,
¡oh, levaduras perennes de vida!

Todo dolor echaré de vosotras,
todo sentido de negra doctrina:
mi frente no, que los aires os borran,
¡mi corazón os albergue, cenizas!

Que está en vosotras la paz de mi casa,
y del verano anterior la florida,
y las sonrisas de todos mis muertos,
y las cosechas de todos mis días.

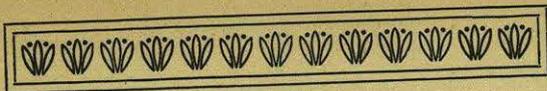
Mi corazón os albergue, temblando,
trípode de oro del alma-sibila,
que ha de trazarme, leyendo en vosotras,
de mi futuro la senda infinita.

Mi corazón os albergue, que tiene
púrpura y llamas y sangre; que os vistan;
mi corazón os albergue, que es ancho;
mi corazón os albergue, cenizas.

Que es día de oro, y acaba el invierno,
y en los almendros las flores palpitan,
y son asomos de la primavera
estos deshielos en estas colinas. . .

Mi corazón os albergue, que quiere,
Fénix eterno, abrazado á su lira,
no ver la muerte en vosotras, gloriosas,
más renacer de sus muertas cenizas.





La salud pública



I

¡Siglos milenarios!... ¡Arcaicas visiones!...
La epidemia negra devora naciones.

Huyen de la muerte los hombres, temblando,
casa, hogar, hermanos, madre abandonando...

Sólo oyen las voces de sus egoísmos,
y, para salvarse, rezan exorcismos.

En la indefensión de su desconsuelo,
los brazos crispados levantan al cielo.

El cielo á sus preces lívido se cierra;
los cuerpos vencidos recoge la tierra.

Las manos son llagas, gangrena los pechos,
el sueño agonía, sepulcros los lechos.

Y hay duros profetas que, en la dispersión,
el azote exaltan como una sanción.

Y dicen: «Mortales, Dios liga y desliga
las suertes; temedle cuando nos castiga.

»Corran de los ojos llantos abrasados;
la peste ha nacido de vuestros pecados.

»Madre pecadora, besa el crucifijo;
que tus yerros son la muerte del hijo.

»Hermano, tu pecho golpee tu mano;
tus pecados hacen morir á tu hermano.

»Doncel, hunde en ti la daga afilada;
tu propia lascivia devora á tu amada.

»Señor Rey, pon fuegos en tu corazón;
que él ha gangrenado toda tu nación...»

Y los hombres huyen con temblores pánicos
de la hechura de sus vicios satánicos.

Y los contagiados sus gritos extreman,
y agonizan solos y al morir blasfeman.

Y, á la voz airada de las religiones,
aumentan la peste las flagelaciones.

Y el sol, en el pánico de aquella agonía,
es como una llaga que enrojece el día.

¡Siglos milenarios!... ¡Arcaicas visiones!...
La epidemia negra devora naciones.

II

... ¡Tiempo mío santo! ... ¡Tiempo mío justo,
en tu ciencia armado y en tu fe robusto! ...

La salud es mía. Bebo alegremente,
en tus enseñanzas, agua de esta fuente.

Mi cuerpo, de la cabeza á los pies
cubres, tiempo mío, con un sabio arnés.

Por entre sus mallas embota, deshechas,
el dolor sus armas, la peste sus flechas.

La vida es un santo menester que ejerzo;
la salud es obra de mi propio esfuerzo.

La tierra me brinda fuego en sus entrañas,
agua en los torrentes, hierba en las montañas;

y en el éter ondas de electricidad,
por donde entra en todos la Divinidad...

Ya no ciegan pueblos pánicas alarmas;
que, para el combate, nos diste las armas.

Ya todos la vida de todos cuidamos;
la llaga de un hombre todos la llevamos.

Que es, en nuestro tiempo, don de nuestra mano,
la salud, el vasto patrimonio humano...

ENVÍO

¡Dios de los castigos, Dios de las venganzas,
bendice mi tiempo de las esperanzas!

No tus sacerdotes, la ciencia ha sabido
hacer de los pueblos un hogar unido.

Con una sonrisa de paz, la Verdad
derroca egoísmos, derrama piedad.

Los enfermos tienen á la cabecera,
velando por ellos, la nación entera.

Y es... — tú la compendias, no te enoje el nombre —
la Salud, la nueva religión del hombre.

17 Febrero.

